

Eugenio d'Ors, genio e ingenio de nuestra villa y corte

Antonio Díaz-Cañabate

Corrían los tiempos de nuestra posguerra. Los cafés madrileños aparentemente vendían salud, rebosaba la parroquia. En uno de los primeros que murieron, conocí a Eugenio d'Ors: el Acuarium.

¿Se acuerdan ustedes de él? Más que un café parecía un amplio pasillo que comunicaba las calles de Alcalá y Caballero de Gracia. El nombre de Acuarium le caía a maravilla. Todo café tiene algo de acuario. El humo imita bastante bien al agua. El ir y venir de los camareros y de la parroquia, el movimiento de las olas. Con razón, las tertulias también son conocidas con el nombre de «peñas». Los peñistas son «los moluscos adheridos a las rocas de los divanes». Esto se ha dicho muchas veces, pero no sé por qué a uno se le antojaba que el ambiente del Acuarium era más propicio a estas comparaciones.

Allí, y a principios de 1940, me presentaron a Eugenio d'Ors. Naturalmente yo admiraba desde hacía tiempo sus magníficas calidades y cualidades de escritor. Solía tomar en el café una copa de ron. Encendía, nada más llegar, un cigarro puro que fumaba con delectación, lentamente, pero cuidando de que no se apagase. El suyo era tabaco habano de aroma suave y agradable. El humo salía de su boca en tenues nubecillas, mezcladas a veces con palabras que también parecían «nubes» por cómo se expandían por el aire de la tertulia, absorta en su conversación.

Que Eugenio d'Ors era un gran conversador, lo sabe todo el que haya tenido noticia de él. Pero lo que tal vez no sea tan sabido es que era un conversador que escuchaba y admitía el diálogo. Cualidad rarísima ésta en los conversadores de alcurnia y aún en los de bajo vuelo. Todo buen hablador propende al monólogo; si tolerable en los conversadores excelsos, inaguantable en los adocenados. La charla de Eugenio d'Ors no fatigaba nunca. Jamás en los largos años de nuestra convivencia, se mostró airado cuando algo le molestaba. No se alteraba su palabra, ni el ademán, ni el gesto. Mesuradamente, calmamente,

como siempre, manifestaba su disgusto, sólo perceptible en la acentuada ironía de sus frases, en lo incisivo de la réplica.

Una de las características más admirables de la conversación de Eugenio d'Ors era la oportunidad con que aplicaba su inmenso anecdotario. Tan copioso que, en muy raras ocasiones, repetía una, como es abuso de la mayoría de los conversadores que manejan parvo repertorio aireado a troche y moche, venga o no a cuento la sabida y resabida anécdota. En Eugenio d'Ors siempre surgía en su momento, siempre alumbraba la anécdota fresca y virginal, siempre contada con donoso y cabal léxico.

Nunca lamentaré bastante mi desidia en no recogerlas, cuando tan fácil me hubiera sido y, a estas horas, en las que su voz hace 20 años que enmudeció, aunque traicionadas por mi traducción, tendríamos una muestra vivísima de su extraordinario ingenio.

Como un «sambenito» acompañó a d'Ors durante toda su vida la fama de escritor «oscuro», que no sólo se regodeara de la mismo, sino que incluso que la recalca para pavonearse de exquisito y de incomprendido. Con frecuencia se quejaba de este prejuicio:

–Recuerdo –contaba– que en una revistilla de aquellas que pretendían ser de buen humor y que eran el receptáculo del mal humor de sus redactores, uno de éstos afirmaba que yo daba lectura a mi cocinera de las cuartillas inmediatamente después de escritas y que si la Menegilda las entendía yo pensaba que había que oscurecerlas y me aplicaba de nuevo a la tarea de hacerlas completamente ininteligibles. Y claro está, citaban a Molière. Yo creo que Molière se guardaría muy mucho de entretener a su cocinera con lecturas que pudieran poner en peligro la trascendental y complicada preparación de la comida. En cuanto a mí, no me disgustó nada semejante afirmación. Entre una cocinera y un crítico, siempre es preferible la cocinera. El crítico ramplón araña pero no hace daño. La cocinera nos puede envenenar no con un juicio, con una salsa. Y por esto, es preferible tener contenta a la cocinera y no a los críticos. Pero no se les satisface con lecturas, pues ellas pican más alto. Pican en la sisa. La cocinera no puede vengarse de nuestra lectura con otra de su caletre y su venganza la aplica a la sisa. Y esto es importante. Y por esto, mi «oscuridad» no la he puesto a pruebas cocineras. Me basta con las de los currinches que les estorba lo negro y creen que un escritor es un túnel.

Eugenio d'Ors para acentuar alguna de sus frases esbozaba una sonrisilla. Antes de seguir adelante, he de advertir que mi propósito no es sino un mero esbozo de la personalidad de d'Ors, tan tenue como la

sonrisilla orsiana. A propósito de «orsiano», un día le pregunté: —«¿Se dice dorsiano u orsiano?» Y su respuesta fue: —«Se dice «orsiano», del mismo modo que se dice cartesiano cuando se habla de las ideas de «Descartes» Pues bien, estas páginas, repito, son tan sólo un apunte de la alta personalidad de Eugenio d'Ors, un hilván de los recuerdos que me dejó mi convivencia con él durante más de diez años.

Digámoslo sin ambages. Con Eugenio d'Ors se ha sido injusto. Ciertamente que alcanzó nombradía insigne. ¡No faltaba más! Pero no disfrutó de prebendas que le permitieran la tranquilidad necesaria para el completo desarrollo de su obra, sujeta y esclava de la preocupación cotidiana como cualquier mediocre o cualquier bohemio. Su vida fue una lucha constante. Y estoy seguro de que, en sus últimos años, el descanso y el recreo lo encontró en aquella tertulia del desaparecido Lyon d'Or. Y allí oía hablar y hablaba. El léxico de d'Ors jamás era rebuscado ni pedante. Usaba sin empacho los modismos, siempre aplicados con gracejo y conveniencia, empleaba palabras corrientes que en sus labios se transformaban y adquirían categoría. Su acento y su prosodia adolecían de poca nitidez y era preciso tener el oído habituado a escucharle para comprenderle bien. Su tono de voz era bajo, sin encresparlo, ni aún cuando la fogosidad polémica le dominaba. José María de Cossío asumía el papel de su contradictor, porque Cossío fue un contradictor nato. Emilio García Gómez también gustaba de la controversia, que d'Ors aceptaba de buen grado. Ambos ponían a prueba la habilidad dialéctica del maestro.

Me interesa mucho consignar la humanidad de Eugenio d'Ors que en la tertulia resplandeció en todo momento. Era indudablemente un hombre cuyo intelecto dominaba sobre el sentimiento. Pero era muy afable y sencillo. Naturalmente sabía de su valer y lo cotizaba, pero no con el orgulloso desdén hacia los demás que le achacaban los que a la ligera le juzgaban. En la tertulia, aparte las deferencias que todos le rendimos por nuestra admiración hacia él, era un contertulio más. En lo único que mostró empeño sostenido fue en mantener lo que él llamó el «rito» y que consistía en acompañarle a su casa, una vez terminada la tertulia.

Como he dicho, la tertulia nació en el Acuarium. Al poco, nos trasladamos al vecino Café Kutz, dónde tomamos asiento definitivo. D'Ors vivía por aquel tiempo en el Hotel Roma que estaba a unos pasos del Kutz. Y algunos contertulios le acompañábamos hasta allí. Al mudarnos al Lyon d'Or nos dijo: —«¿Cumplirán ustedes el rito?» La distancia no es mucha. Para llegar al Hotel Roma había que atravesar la calle

de Peligros que en aquella época se encontraba plagada de mujeres «alegres», «sirenas» que incitaban al transeúnte con promesas harto claras. Y una noche, el maestro se adelantó al grupo y se le acercó una mujerona que le dijo desgarrada: —«¿Vienes, elegante». Todos nos azoramos mucho, menos el maestro que sonrió.

Más tarde, d'Ors se instaló en el Hotel Capitol, en la Plaza de Callao, y luego dio el salto a la calle del Sacramento. Este salto nos lo estuvo preparando mucho antes. —«Me voy a mudar a la calle del Sacramento. Supongo que por ello no se interrumpirá el rito. Usted, Cañabate, que conoce bien Madrid, nos conducirá cada noche por calles distintas. En las noches apacibles nos internaremos por el viejo Madrid.» Todos asentimos porque sabíamos lo que le halagaba el rito. Las noches lluviosas le quitaba importancia al agua celestial. Si hacía frío, animaba: —«Pues no está muy mala noche, ¿verdad» Y el rito se cumplía siempre. Una madrugada crudísima, José María de Cossío se atrevió a proponer: —«Hoy haremos el rito corto. ¿El rito corto? Sí, la noche está terrible y le acompañaremos sólo hasta la Puerta del Sol.» D'Ors nada objetó y, al llegar a la Puerta del Sol se despidió con toda cortesía, quitándose el sombrero al darnos la mano. Se fue triste, muy triste. Desde entonces y aunque nevara, el rito se cumplía en toda su extensión. Y en esas noches de aúpa era de ver la sonrisa del maestro al despedirnos. —«Hoy sí que tiene mérito el rito» —decía. Y se perdía en aquel viejo caserón de los condes de Revillagigedo. Una noche el sereno no comparecía. Todos aplaudíamos, llamándole. D'Ors sentenció: —«El sereno es el único individuo que no apetece los aplausos.»

Eugenio d'Ors, en la tertulia del café, descansaba. La atmósfera de nuestra tertulia era muy propicia al alejamiento de toda clase de preocupaciones. La heterogeneidad de sus componentes influía de manera decisiva, determinando que la conversación fuera tan volandera como insecto revoloteador. No se detenía en un tema, achaque de tantas tertulias. Pizcaba en todos; tan pronto en uno de altura, como en otro más cotidiano. Eugenio d'Ors se amoldaba a maravilla a este revoltijo, para muchos, desconcertante. La ductilidad de su talento brillaba con parpadeo de faro potente. Con rapidez cogía la onda; esa onda que a tantos se les escapa, incapaces de repentizar. La gracia de d'Ors era personalísima, fuera de todo contacto con la gracia corriente y moliente, con la gracia por la gracia, buscada con forceps y extendida con disimulados esfuerzos. Fluía la suya entre sonrisas que acompañaban su discurrir. Era una gracia irónica, fina, aguda, como hoja de florete y cuando mordaz, traspasaba implacable el pecho del adversario, y cuando inocua,

jugaba con la elegancia de gato inapetente que se entretiene con un ratón al que perdonara la vida. Descansaba Eugenio d'Ors en el café de su prieta jornada y su contento era perceptible. Rarísimas veces mostraba fatiga o desasosiego. Eugenio d'Ors era un gran actor. Todo buen conversador lo es. Dominaba con desenvoltura el difícil arte del matiz. Sabía el secreto del tono. Manejaba el gesto con aplomo y seguridad. Nunca un bache ni un entorpecimiento en su palabra, sumamente susurrante, cadenciosa, insinuante. Y al escuchar, incluso, banalidades, lo hacía con el reposo y atención de actor que atiende sabidas palabras como quien por primera vez las oye.

Jamás perdía el empaque, ni la dignidad total de su apostura, ni la corrección de sus maneras. Frecuentaron la tertulia damas no pertenecientes a la profesión literaria y con ellas extremaba d'Ors su cortesanía, adelgazándose y almibarándose sus frases y su voz. Era el maestro muy amigo del trato femenino y utilizaba en su habla el «piropo», lo que él dijo ser un «madrigal de urgencia», pero un requiebro quintaesenciado, siempre en amalgama con la sonrisa, que producía otra más amplia y rutilante en el rostro de la lisonjeada.

Era d'Ors muy aficionado al agua de seltz. Y siempre en el café reclamaba un sifón del que se servía a menudo. Una dama le objetó: —«Y a mí que no me gusta nada el agua de seltz. ¿No bebe usted demasiada?» D'Ors le contestó: —«¡No ! nunca es demasiada. Un catalán amigo mío aseguraba que mejor que el champaña era la sidra achampañada, mejor que la sidra achampañada, la gaseosa, y mejor que la gaseosa, el agua de seltz. Pero hoy, ante usted, el agua de seltz sabe a champaña, ¿no se ha dado cuenta que de sus ojos salen burbujas?»

D'Ors fue comensal asiduo de las cenas que con frecuencia organizábamos en la tertulia. Se celebraban tomando como pretexto homenajear a alguno de los contertulios. No admitíamos comensales extraños a nuestra intimidad cafetera. A su final, se pronunciaban discursos en tono menor, casi siempre humorístico. D'Ors no prodigó mucho sus intervenciones pero cuando lo hacía, sus palabras se elevaban.

Cuando, desgraciadamente, se disolvió la tertulia, que fue extinguiéndose exactamente igual a una luz que se consume poquito a poco, dejé de frecuentar a Eugenio d'Ors. Le veía de tarde en tarde y en escasas ocasiones, cuando ya su enfermedad derribó la majestad de su empaque. Una de las últimas veces que hablé con él fue en verano. Se representaban en los Jardines de Sabatini, situados al pie del Palacio Real, obras de Calderón y de Lope. D'Ors llegó en coche al mismo lugar donde se extendían las sillas para los espectadores. Con ayuda de

sus acompañantes, descendió con paso débil y vacilante. Departió conmigo con el ingenio de siempre. «—¿Cómo va esa salud? —le demandé. —«La salud no va. Voy yo a cuestras con la poca que me queda.» Hizo una pausa. —«¡Qué noche más deliciosa, ¿verdad? Lástima que los versos de Calderón no sean como la brisa que despiden los de Lope. Los versos de Calderón no están hechos para recitarlos al aire libre, ni tampoco en un teatro. Son más que versos, confiancias y la confianza siempre exige el recato de la soledad. En cambio, los de Lope nos acariciarán el oído por dentro y por fuera, después del calor del día...»

Su prestancia física ganó, no obstante, con los años; pocas cabezas tan nobles y augustas como la suya canosa. Fue un maestro sin cátedra, a última hora concedida, cuando ya no pudo utilizarla para nutrir con la savia de su saber a discípulos propicios. Su vuelo por el ámbito de las recompensas no alcanzó más que una dirección general y un par de sillones académicos. Cuando le veíamos entrar en el saloncillo cafetero con aquella su dignidad patricia, cuando se despojaba de su gabán de pieles de rancio y desvaído color, cuando se sentaba en un raído diván y pedía con timidez una copa de anís o de ron, cuando empezaba a hablar con su voz suave y susurrante, echábamos de menos ese pedacito de Olimpo que debió ser su solio.

Un verano tuve la oportunidad de visitar a Eugenio d'Ors en su Ermita de San Cristóbal de Villanueva y Geltrú, la ermita dónde murió. Fui su huésped durante unas horas. ¡Cómo me acogió! ¡Con qué exquisita campechanía! Me contó la historia de la ermita. Pormenorizó sus cuitas derivadas de no poder celebrar culto en la capilla. Estuvo como nunca de ingenioso y decidor. Dimos un paseo por los alrededores. Nos retuvo mucho más tiempo del que disponíamos, prendidos en el embeleso de su charla.

Mi pobre esbozo ha terminado. Humilde es mi homenaje a la muy grande y preclara personalidad de Eugenio d'Ors. Humilde pero efusivo, emocionado, cariñoso. Doy gracias a la Providencia que me concedió la inestimable amistad del maestro.

Septiembre de 1974 *

* *Inédito propiedad de Carlos d'Ors.*